

Almeida Faria

La pasión

TRADUCCIÓN DE LUIS MARÍA MARINA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

A paixão
Assirio e Alvim, 2013

Primera edición: septiembre de 2024

© Almeida Faria
© de la traducción del texto, Luis María Marina

© de la cubierta, Mário Botas
Edición © La Umría y la Solana, 2023
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-128411-0-7
Depósito legal: M-19614-2024

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El mundo es una extensa narración, pero quien le teje la intriga,
grande o pequeña, somos nosotros —A todos aquellos que me
hablaron de sus enigmas, por compartir la misma sospecha.

Y también a quien escribió en la pared de la Avenida la siguiente
frase —Ven solo y trae contigo las estrellas.

A Jean Stein, que conoció a Faulkner tan bien, y sin embargo no
le importó oír con paciencia la historia de Milene, cuando era solo
un esbozo entusiasmado.

Principalmente a mi querida familia, que soporta que yo viva otras
vidas, en primer lugar.

Índice

I. Mañana

9

II. Tarde

32

III. Noche

54

I

Mañana

Todavía de madrugada levantarse, bajar a la cocina y empezar la jornada volviendo a encender la lumbre en el fogón, fregar la loza que quedó la víspera, con restos de comida, apilada en un montón (durante el invierno el agua hiela, corta los huesos, el dolor le sube por el brazo —debe ser reuma— llegando a veces hasta el codo) y solo entonces salir al patio donde los pardales cantan ya sobre la mata de ricino, coger la escoba, barrer el gallinero y echarle a los animales pienso en abundancia (por la mañana los gallineros tienen un olor agrio, como las habitaciones de algunos hombres), cambiarle el agua de beber al jilguero, ponerle su bañera, darle alpiste o una hoja de lechuga, o ambos, quitarle el papel del fondo de la jaula que se va llenado cada día de excrementos y cáscaras de alpiste, luego volver a subir a la habitación, peinarse, pintarse si él la espera, colgarse sus abalorios y ponerse el abrigo largo, gris y ajado por el uso, diez años, meterse la cartera en el bolsillo, bajar una vez más a la cocina por la escalera de caracol, echar agua sobre la lumbre ya prendida, coger la cesta de entre canastos y serones, botijos, cántaras, grandes tinajas de aceite o aceitunas y cazuelas de todos los tamaños, rojas y vidriadas, anchas las de la matanza y de la sangre, ollas de cobre, rojizas, apoyadas contra la pared nunca oscurecida por el humo, blanca, blanca, encajada una y otra vez, enseguida bajar de nuevo los escalones del huerto, abrir el pesado portón cerrado con llave, soltar a

los perros nerviosos tras la noche, ir por la calle vieja y árida directamente a la plaza del mercado, comprar lo de la lista que la señora ha escrito la víspera con letra gruesa en papel de estraza: carne de vaca o ternera para filetes, hortalizas, pescado (lo que haya), etc., lo de costumbre, comprar sin regatear mucho, no vale la pena, que a ella no le pagan por hablar (solo por trabajar), pegar la hebra con fulana o men-gana, unas paniaguadas como ella, o con el novio si es que lo tiene (tuvo varios en los dos últimos años, pero la lozanía ya se escapa) o con algún otro pretendiente que por acaso se acerque a olerla, a oler su carne prieta, sus tetas firmes, volver a casa al cabo de media hora, máximo una hora, dejar las compras en la encimera de mármol, el pescado, las coles, el lacón, los ajos, hervir la leche y mientras tanto hacer las tostadas para los niños (en época de naranjas, exprimir por lo menos una docena —son cinco niños), preparar la papilla con maicena, leche y copos de avena, migar pan para la sopa de los más pequeños, fregar el suelo de piedra de la cocina y la mesa de la cocina antes de poner el mantel de cuadros azules para el desayuno, sacar los garbanzos y el bacalao en remojo desde el día anterior o ir una vez más al corral, donde el gato, estático, silencioso y muy alerta, caza infructuosamente mariposas, ir cuchillo en mano y cazuela bajo el brazo (siempre con cuidado de no golpearla contra el pasamanos de la escalera, así ha roto ya dos que ha tenido que pagar, un buen pico le han costado, y esta ya está rajada, quizás por el agua caliente, y unida con dos alambres cerca del borde), volver con la gallina muerta o herida de muerte en la cazuela, la cabeza entre las alas como si estuviese dormida, echarle agua hirviendo, quitar del fuego la leche, la maicena, guardar la loza que ya casi está seca, servir la

merienda a los niños que gritan, después de haber estado un rato en el corral jugando a las chapas, a las canicas, a pegarse, a la peonza, según la época del año, con cardenales o heridas de sangre en las rodillas, o de haberle dado hojas al grillo cantarín, si es tiempo de ellos, que es tanto como decir en primavera, y cuando finalmente los niños se vayan, meter más platos sucios en la pila, desplumar la gallina, ponerla al fuego para que se vaya ablandando, sentarse por fin en el banco de piedra junto a la ventana de guillotina abierta, masticando un cacho de pan con queso o chorizo o morcilla o tocino (lo que haya) y entre los dedos mojados una taza de latón con café de soja y, después de todo esto, son solo las diez y su estómago lleva dando las horas desde las seis, y así anda rompiéndose los cuernos todo el santo día, que acaba de empezar, y que quizás solo cuando se case, o quizás no, se acabe; dan las siete; con los ojos cerrados y a duras penas repasa los gestos gastados por el uso; el día siguiente es memoria negra; así lo ha recorrido, envuelta en tinieblas a través de semanas santas que duran siglos y ahora lo único que sabe es que en la habitación queda un rastro de claridad; entra por el filo de la ventana el frío del sol naciente; no aguanta más, esto se tiene que acabar; hora de levantarse; hora de inicio, hora de empezar; horas que son más que horas.

Horas que son más que horas, pensó él, al despertarse; hace ya mucho calor y hoy es el día; en el pueblo se oirán los gritos fuertes, desgarradores, de los animales que van a morir; sacrificaré también; nuestro cordero es como mandan los cánones; sin mácula, macho, de un año; lo mataré aún de madrugada; con un tajo brusco, grave, le abriré la garganta, con el cuchillo que ya ha abierto otras gargantas antes que esta, que ha brillado bajo soles duros como el de hoy, que antes se ha cubierto de la misma sangre; después caminaré hacia los cañaverales mecidos por el viento y con el cuchillo manchado de sangre cortaré una caña verde y en el tubo pondré mis labios y, sintiendo el aroma fresco y leve, soplaré la piel del cordero, que se inflará, y lo desollaré y lo cogeré por la cola y los cuernos aún blandos y lo colgaré de un árbol por las pezuñas y dará en las hojas su último estertor y le abriré el vientre desde la base de la mandíbula hasta el escroto y amorosamente meteré las manos en el interior de las vísceras y un calor antiguo me subirá por los brazos hasta la boca y la boca saboreará el olor de la sangre y las tripas rodarán hacia la tierra que la sangre comienza a empapar y, desollado el borrego, la cabeza será una mancha morada de mandíbulas largas y, hecho esto, cortaré un trozo de carne de un costado y lo cocinaré en las brasas, con pan ácimo y lechugas silvestres festejaremos la preparación de la Pascua y después de comer nos lavaremos las manos

en las aguas de la ribera y juntos partiremos por la llanura; será por primavera; al comienzo de todo; el sol caerá a plomo sobre nuestras cabezas cuando por fin alcancemos las puertas de la ciudad; son cosas de derecho divino, cosas santas, los muros y puertas de la ciudad.

3

Arminda

En las puertas de la ciudad los dos páramos; ¿cómo decir si lo que había alrededor era mar o viento? pronto aparecieron los otros, agresivos; nos rodearon; crearon la envidia; sus rostros eran máscaras malignas, caras de feroz mudez; el silencio que rezumaban corrompía el tiempo; de su vientre y de sus senos era consciente; los otros reían o aullaban cuando llegó el padre y nos dijo que podíamos partir, que estábamos curados; ellos se quedaron en el pabellón sin fin, más furiosos, un aliento de muerte los asolaba; la muerte muerde; a la voz del padre apenas presentida se unieron, de dos en dos, los cuerpos agitados junto a la conjugada conjuración de los astros; pero he aquí que, a pesar de todo, en una mueca dolorida, brazos y piernas se erguían hacia el vacío y su unión era tan fugaz que ni siquiera llegaba a serlo; la voz del padre distaba, dictaba; en la mesa los platos vacilaron; rey y reina se abrazaban en el mar de la inconsciencia; una imagen de ellos, sin embargo, poco conseguida; las parejas repetían su rito fatal; la esperanza del día; el ruido de los coches que pasaban bajo la luz de las farolas tenía un fuego blanco; las sombras se dispersaron sobre el desierto frío; desierto frío; frío:

– Eh, ah, eres tú, João Carlos; gracias por despertarme; qué sueño tan siniestro he tenido.